



La pesca del atún, antaño

Lo cuentan los abuelos. Y sólo ellos pueden recordárnoslo, porque no creo que haya nada escrito sobre el tema. Y bien merece la pena hacerlo, porque el guión, aunque humilde en origen es grande en humanidad.

¿Qué anciano no recuerda con nostalgia la pesca del atún en Llansá? He tenido la suerte de poder conversar con algunos viejos pescadores del Puerto de Llansá. Me han hablado bajo el sol de una mañana de invierno, en su ambiente, o en la paz de su casa junto a un tronco que arde con mil ruidos. Estos hombres están tan emparentados con el mar, que ríen y lloran con él. Mientras te hablan de lo lejano, su sonrisa o su amargura están a flor de labios. El pasado existe aún para ellos y revive con fuerza en su presente lleno de esperanzas.

Mientras ellos hablan, nuestra mente se traslada al Puerto de Llansá de hace muchos años. «Nosotros lo recordamos de la infancia», nos dicen los abuelos.

La que hoy es calle principal, paralela a la playa, no existía. Del lado del mar había unos

terrenos que el Estado Español regaló a tres hermanos navegantes del Puerto, por haber llegado en sus travesías a las costas de América.

Al cabo de ciertos años se construyó en los citados solares una casa, con el letrero: «CASA DE LES TUNYINES».

«Les tunyines» llegaban a Llansá, como a muchos de los puertos mediterráneos. Los «portences» vieron en su pesca la posibilidad de satisfacer la llamada interior de la intrepidez. Nuestros hombres se convirtieron en pescadores de atunes, más por afición al oficio que por necesidad. Llansá vivía mucho, aun en su barrio mariner, del huerto. La escasez de pesca era aquí menos grave para la economía familiar, como lo era por ejemplo, para un pescador siciliano, que mataba terriblemente los atunes creyendo desahogarse contra la «maldición» de la Naturaleza: la falta de recursos.

Dejemos que nuestros viejos amigos nos relaten como se practicaba esta pesca.

Nuestra Miranda servía de atalaya natural